

mate: esas facciones, esos ojos indican que has perdido la razón.—Rosa, Rosa..... Ruiz desata al capitán, ponlo en libertad.....

—A la otra vida lo despacharé, murmuró el viejo sacando el sable.

En esto un tiro partió de la claraboya é hizo saltar el cráneo del viejo Ruiz, el cual cayó vertiendo torrentes de sangre por la boca. Inmediatamente multitud de soldados se dejaron caer por la claraboya y Rascón se vió amenazado por Rosa que le puso el puñal á la garganta.

La tropa de Rascón ébria y dispersa opuso muy poca resistencia, y pasada una hora el veterano Pedro Celestino salía del castillejo acompañado de su hija y llevando preso á su antagonista Rascón Fernández.

IX.

A los dos meses de estos sucesos y una mañana espléndida y diáfana, en que no empañaba el cielo ni una sola nube y el sol enviaba á la tierra un agradable calor, se divisaba por una cuesta elevada que se halla entre los caminos de Guanajuato y San Luis de la Paz una partida hasta de cincuenta soldados con sus lanzas con banderolas negras y sus sombreros jaranos. A

la cabeza de esta guerrilla venía un viejo robusto, de gran bigote y junto á él cabalgando en un lindo alazán dorado, una joven hermosa y fresca como las azucenas de la selva. Cuando llegó la tropa á lo más elevado de la cuesta se detuvo.

—Traedme al prisionero, teniente Bustos, exclamó el viejo de bigote.

El teniente Bustos se dirigió al centro de la guerrilla, y condujo al prisionero ante el jefe.

—Os he dado tiempo, y os he suplido mucho, Rascón, que arregléis vuestras cuentas con Dios, y procuréis salvar vuestra alma.

—Os he dicho que Dios me ha abandonado, capitán, y que no puede alcanzarme su perdón.

—Os engaáis, Rascón: Dios perdona los más grandes crímenes, y los hombres no podemos hacerlo. El asesinato de mi mujer os lo habría perdonado; pero la deshonra de mi hija... jamás. Venid.

El capitán Castaños condujo el caballo en que estaba liado Rascón, á la orilla de la cuesta.

—Ved, le dijo.

Rascón apartó la vista exclamando:—Jesús, ten misericordia de mí!

—Es un precipicio de trescientas varas de profundidad, y allá en el fondo hay un río erizado de peñascos. ¿No es verdad, Rascón?

—Es verdad, conozco este sitio. ¿Y así debo morir?

—No hay remedio.

—¿No podré obtener piedad, capitán Celestino?

—Ninguna, capitán Rascón.

—Entonces...

—Llamaré al capellán, y confesaos.

—Estoy pronto.

Celestino llamó al capellán, el cual escuchó los pecados de Rascón, y habiéndolo absuelto, se prosternó de rodillas ante el veterano, pidiendo la gracia del reo.

—Alzad, padre mío, alzad: este hombre es asesino, incendiario, adúltero, raptor y ladrón, y no debe vivir más entre la raza humana.

El capellán se levantó, y cruzando los brazos se retiró en silencio.

—Ven, Rosa, por entre estos árboles.

—¿Va á morir Rascón? preguntó Rosa, asustada.

—No, hija mía: está enfermo y ha querido confesarse: ahora se le va á dar otro caballo. Ven.

El capitán y su hija se apartaron del camino.

Entonces el teniente vendó los ojos á Rascón, y lo condujo á la orilla del precipicio... Después, con el cabo de una lanza le empujó por la espalda, y... un ruido sordo y prolongado, anunció que Ras-

cón Fernández rodaba haciéndose el cráneo pedazos, hasta el fondo del precipicio.

El capitán y Rosa volvieron adonde estaba la tropa: el teniente dijo á su jefe:

—Todo está concluido, mi capitán.

—¿Dónde está el prisionero? preguntó Rosa sobresaltada.

—No es nada, hija mía, ha querido huir, y se ha caído en ese precipicio.

—¡Dios mío!

—¿Lloras, Rosa?

—Sí, padre mío: al fin me amó mucho, y llevo á su hijo en mis entrañas.

El capitán miró á su hija y derramó una lágrima; mas recobrando su valor, dió las voces de mando, y la cabalgata se puso en marcha y desapareció en breve en un recodo de la montaña.